El Ser del taxi (historia real)

Alemao Aguilar

Image not found.

Capítulo 1

El Ser del Taxi (historia real)

Era una madrugada de marzo, un domingo alrededor de las 02:30 de la madrugada. Se estacionó al frente de una discoteca conocida de Barranco. Delante y atrás de él habían varios taxis más, cada uno esperando llevar a alguien que hastiado de beber quisiera irse a su casa o tal vez seguir disfrutando de la noche en algún otro antro.

Le causaba algo de pena ver como salía toda esa gente totalmente ebria, o extremadamente efusiva cantando o bailando a la puerta de la discoteca. Le provocaba tristeza ver a alguien que por efecto del alcohol se apoyaba en alguna pared o poste de luz para vomitar. La mayoría de muchachos no pasaban de los 30 años.

El señor Maximo tenia casi 60 años y era taxista desde hacía ya 25 . Se conocía todos los atajos y calles de la ciudad, pero el prefería trabajar por la periferia de Surco, Miraflores, Barranco y Chorrillos (zona sur de Lima).

Se le acercó un muchacho que para suerte del señor Maximo se notaba que no había bebido mucho esa noche. Era molesto tener que llevar a un borracho y correr el riesgo que te ensucie el auto con su vomito o simplemente que no quiera pagar.

-Buenas noches maestro. ¿Cuánto me cobra a la primera cuadra de Elias Moreno? Es la que esta antes de entrar a la Villa Militar de Chorrillos.

-Mmm, 12 soles serán pues-respondió el señor Maximo-.

-Vamos con 10, está cerca.

-Ya, sube.

El joven abrió la puerta del copiloto, se sentó y se colocó el cinturón de seguridad.

-¿Qué tal la noche maestro? ¿Trabaja siempre de madrugada?-preguntó el joven muchacho mientras subía la luna del copiloto.

-Sí, de noche es más tranquilo. Nadie te jode, ni la policia ni el tráfico. Odio que me toquen el claxon por detrás, me mata los nervios. Lo único malo es que tienes que tener más cuidado en elegir a tus pasajeros.

-¿En qué sentido?-replico el joven-.

-Hay mucha delincuencia en Lima. Hay gente mala que se sube a los taxis para robarle a uno. Pero bueno, a veces eso es cuestión de la mala suerte también, por eso siempre le pido a mi madre que en paz descanse que me cuide durante la noche. –asintio el señor Maximo-

-Si pues, tiene que tener cuidado maestro, ya uno no está seguro en ningún lado.

Fueron 10 soles muy sencillos con una carrera fácil que no habia durado ni 8 minutos.

Había dejado al joven muchacho en una calle que estaba cerca a la Villa Militar. El señor Maximo quería volver nuevamente a Barranco, a la misma avenida donde estaban ubicados una tras otra las discotecas, la noche prometía ser muy productiva. Se dispuso a recorrer las aproximadamente 3 cuadras que medía la Villa Militar y luego girar en "u" para regresar a Barranco. Puso algo de salsa antigua y emprendió la marcha.

La Villa Militar es atravesada por una via de dos sentidos, muy bien alumbradas y respectivamente señalizadas. Y cada 100 metros hay una reja de entrada para autos y personas, cada una resguardada por 2 oficiales de la policía. Es una via muy ordenada y relativamente segura.

Faltando justo una cuadra para poder dar la vuelta en u, el señor Maximo ve a unos 20 metros que una chica levanta la mano. A pesar de que no tenía una muy buena vista de noche, logró reconocer a una mujer de aproximadamente 25 años, vestida con un pantalón y una chompa color negra. Tenía el cabello largo que le caía por alrededor de su rostro.

-Buenas noches ¿hacia dónde va señorita?

-Voy al puente Alipio Ponce.

De la Villa Militar hasta el puente Alipio Ponce había alrededor de 20 minutos. El pequeño detalle de este recorrido es que antes de llegar a dicho puente, se tiene que atravesar el cementerio Santa Rosa. Es una extensión de aproximadamente 1 km de largo. Para que se entienda mejor la figura: a un extremo de la via estaba el cementerio y al otro una especie de desierto que era propiedad del Ejercito Peruano. El alumbrado es muy tenue durante todo ese recorrido.

-20 soles señorita.

-Esta bien –respondió la joven-.

Le pareció raro al señor Maximo que la señorita no buscara regatear. Sacó el seguro de la puerta e inmediatamente la joven mujer abordó el taxi.

-¿Qué hace a estas horas de la noche señorita? A pesar de que éste lugar está rodeado por militares tiene que tener cuidado –dijo el señor Maximo mientras trataba de observarla por el espejo retrovisor-.

-Salía de la casa de una prima-respondió escuetamente la joven-.

-De todas formas señorita, es joven, tiene que cuidarse.

Ante esto la joven no respondió nada. Le resultaba extraño al señor Maximo, porque cuando intentaba buscar la mirada de la joven por el retrovisor, siempre la encontraba con la cabeza gacha. Hubo un silencio en el auto de casi 5 minutos.

-¿Ha sentido usted algunas veces que esta perdido y desorientado? –preguntó repentinamente la joven-

-¿A qué se refiere?

-A que a veces uno anda por calles que recorre todos los días, y que debería conocer como la palma de la mano, pero simplemente uno está desorientado y no sabe para donde ir. Intenta preguntar a las personas que pasan alrededor pero es como que si estas no escuchasen o no prestasen atención –argumentó la muchacha-.

Al escuchar esto el señor Maximiliano creyó que la mujer sufría de lagunas o alteraciones mentales. No temió, asi que decidio seguir con la conversación.

-Bueno, a veces me ha pasado que me he perdido por rutas que estaba seguro que conocía. Suele pasar.

-Lo que mas me aturde es la desatención de la gente. A veces creo que me ignoran a propósito. Uno solo quiere saber alguna dirección y simplemente pasan de largo. Me entristece eso –dijo la joven mientras entrecruzaba los dedos de las manos-.

-No se ponga triste, es que la gente de ahora anda con la cabeza en otro lado, si no la pierden es porque la tienen pegada al pescuezo.

Mientras le respondía a la chica, entraba a la via que atraviesa el cementerio. Era una vía de alumbrado escaso, a cualquier taxista le producía un miedo natural atravesarla, mas aún a mitad de la madrugada.

-¿La dejo entonces en el puente mismo señorita?

-Si.

Y de nuevo gobernó un silencio absoluto dentro del auto.

Mientras atravesaba la via, el señor Maximo miraba el extenso cementerio que estaba sobre los arenales en donde hacia más de 130 años se habia librado algunas batallas en el marco de la guerra con Chile. Todo ese terreno fue testigo de cómo las tropas enemigas marchaban amenazantemente con dirección a Chorrillos después de haber derrotado a las fuerzas compatriotas agrupadas en los cerros de San Juan. Pensó en la cantidad de muertos que debio haber dejado esas batallas. En la tristeza de las familias que tuvieron que enterarse que el hijo o el marido habia caído y que era muy posible no recuperar el cuerpo. Pensaba en la bravura de aquellos peruanos que sin importarle verse superados en número y en preparación ofrecieron sus vidas en defensa de la patria. Recordaba haber leído que la gran mayoría de compatriotas que defendieron Lima eran simples civiles; comerciantes, médicos, estudiantes, políticos y abogados. Se preguntaba si la gente de ahora se ofrecería para morir por el país si éste alguna vez lo requiere.

Una ráfaga de aire helado y un golpe en la puerta del auto interrumpió lo que estaba pensando. Inmendiatamente frenó en seco y paró el auto. Miró atrás y la chica que transportaba no estaba, la puerta estaba abierta. Faltaban casi 400 metros para llegar al puente. Desconcertado bajó del auto para buscar a la chica. Pensó que si se habia lanzado del auto a la velocidad que él estaba manejando, minimamente tendría que estar desmayada al costado de la via, con rasguños y con algun hueso roto. Le dio la vuelta al auto 2 veces, buscó debajo de él, pero nada, la chica aparentemente se habia esfumado.

El señor Maximo estaba totalmente aturdido, trataba de sacar conclusiones ante ese suceso, pero nada parecía satisfacer su razón. Alzó la mirada y venia venir un auto con las luces altas, se acercaba a velocidad muy lenta y al estar a unos metros del taxi del señor Maximiliano se detuvo. Era otro taxista que al bajar de su auto se acercó algo temeroso y preguntó:

-¿Qué llevabas en tu carro ah?

-Le hacía una carrera a una chica, pero creo que estaba drogada o algo porque se ha tirado de mi carro y no la encuentro.

El hombre que había estacionado el auto sintió como los vellos de su brazo se erizaban y sintió un frio por la nuca que bajaba lentamente por la

espalda y tartamudeando un poco dijo:

-Yo he estado atrás tuyo durante todo la via del cementerio y he visto como se ha abierto la puerta de tu carro y ha salido huyendo una especie de perro negro.

El señor Maximo sintió como los latidos de su corazón se aceleraban.

-¿Qué dices? ¿De qué perro me hablas? Si yo he estado llevando a una chica, me paró el taxi por la Villa Militar –dijo Maximo asustado-.

-Era un perro grande. Y al salir de tu auto ha corrido en dirección al cementerio y se ha perdido entre los matorrales que lo rodean. ¿Qué carajo has llevado en tu auto?

El señor Maximo no pronunció más palabra alguna y sintió como el miedo invadía todos sus sentidos. Retrocedió con la mirada perdida, subió a su auto y se dirigió a toda velocidad hacia el puente Alipio Ponce que ya estaba cerca. Al llegar sintió la seguridad de que alrededor ya estaba todo alumbrado, habían unas señoras vendiendo café e infusiones en unos puestos, frenó y de ahí no se movió hasta el amanecer. Pidió una taza de café, no habló con nadie, en su mente solo rondaba una pregunta: “¿Qué se subió a mi taxi?”